

La primera lección: el amor

La Educación Especial en Cuba cuenta con docentes y trabajadores de una sensibilidad infinita; la escuela Jesús Betancourt, de Trinidad, constituye un referente de esta entrega



Alumnas del centro en uno de los encuentros del taller de manualidades con la profesora Marian y la artesana Mery.

Texto y fotos: Ana Martha Panadés

Tiene la luz de las obras buenas; por ello Marian Escobar Saroza regresó a la escuela, o tal vez nunca se fue a pesar de la jubilación. “La Enseñanza Especial es mi razón de ser”, dice esta maestra trinitaria que ha consagrado su vida a los afectos. Los niños, las clases, la preparación metodológica, la familia, los compañeros de trabajo, la paciencia, el amor... No necesita más para saberse educadora.

Lo aprendió en la escuela especial Jesús Betancourt, de Trinidad, una de las tantas instituciones en el país concebidas para enseñar a partir del empleo de todos los recursos, la creatividad de los docentes y desde una visión enriquecedora que optimiza las posibilidades de cada educando.

Lo sienten Michel, Amanda, Maikol y muchos otros niños, quienes desde sus trazos ingenuos y hasta sus silencios retribuyen la constancia de los profesores para que la vida les sonría con tonos más despejados.

Lo sabe Danelys Ramonet Sánchez, una de las maestras ambulantes, encargada de la atención de cuatro infantes con padecimientos que les imposibilitan asistir a la escuela. “Una de las niñas se llama María Paula; ella

no puede hablar, pero cuando llego a su casa el rostro se le ilumina. Si me ve conectada en las redes sociales, con la ayuda de su mamá me envía corazones. Yo amo a estos pequeños”, le cuenta a *Escambray* que hoy erige un monumento a los educadores.

MÁS QUE UNA ESCUELA

Fraguada a lo largo de 60 años, la Educación Especial en Cuba se sustenta en una novedosa concepción que concibe un sistema de instituciones, modalidades de atención, recursos y servicios en función de asegurar la atención de los niños, adolescentes y jóvenes con necesidades educativas especiales, sus familias, profesores y otros especialistas.

Como centros de recurso y apoyo funcionan entonces las escuelas especiales. La de Trinidad se distingue por la entrega de su claustro y del resto de los trabajadores a los que no les ha faltado nunca el apoyo desde la dirección de Educación para contar incluso con materiales educativos o juguetes a fin de complementar el proceso educativo.

Bárbara Zerquera González, directora del plantel, elogia su colectivo. “La mayor virtud es el amor que profesamos a los niños. Los profesores frente al aula, la psicopedagoga, la logopeda, los 18 trabajadores con menos años de trabajo, a los que les digo cariñosamente jó-

venes con el alma vieja por su responsabilidad, y la asesoría de la psiquiatra infantil. Pero es importante insistir en que necesitamos mucho la ayuda y la comprensión de los padres”.

De acuerdo con el más reciente diagnóstico, 161 infantes con necesidades educativas especiales en el municipio son atendidos por la institución, donde permanecen unos en régimen interno, otros seminterno y muchos se mantienen en los diferentes niveles educativos bajo la tutela de sus profesores.

No por gusto Yanelis Beltrán Domínguez, metodóloga de Educación Especial en este territorio, valora de esencial la labor de las tres maestras de apoyo del centro en la preparación metodológica de los docentes que trabajan con estos estudiantes. “Es un reto para nuestros pedagogos, porque tienen que lograr avances en el aprendizaje y la inserción plena de los niños en los escenarios escolares”, declara.

En la escuela trinitaria el amor hace maravillas. Estudiantes con diferentes discapacidades intelectuales, sordos, ciegos e hipoacúsicos articulan las primeras palabras, inician la familiarización con sonidos o descubren sus habilidades en los talleres docentes de economía doméstica, artesanía, confecciones, carpintería y técnicas básicas agropecuarias... Cada avance reconforta.

OBRA DE AMOR INFINITO

En una de las aulas del plantel, a la joven profesora Beatriz Díaz la conmueve el cariño de Angélica y Joseh. Como reconoce en la motivación el principal recurso educativo, estimula algunas de sus habilidades en el dibujo para incluir luego los contenidos docentes.

“Nuestro centro les brinda la oportunidad de socializar con otros niños y aprender un oficio. Para estar aquí se requiere sobre todo de mucha sensibilidad y paciencia. También hay que trabajar con la familia para que comprendan su papel en la educación de sus hijos; ellos necesitan una atención diferente. La meta es la inserción social siempre que sea posible”, sostiene.

En la escuela especial Jesús Betancourt los sueños vuelan alto; solo hay que recorrer la institución y visitar, por ejemplo, uno de los talleres de creación y apreciación que imparte Yesenia Díaz Alomá, instructora de la especialidad de Música. “Los alumnos participan en matutinos, recreos socializadores, talleres demostrativos, en actividades fuera de la institución, además

del trabajo en la comunidad. Tenemos ganadores en concursos de música y otros proyectos pendientes como el de nuestra colmenita”.

Con profunda ternura la muchacha estimula a los niños más tímidos y guía a quienes tienen talento para el canto o el baile. “Los conozco a todos y me siento muy cómoda trabajando con estos educandos. Es muy bonita mi labor porque cuando logras motivarlos obtienes cosas maravillosas y aprendes de ellos también”, dice y toma la guitarra para juntos interpretar la *Guantanamera*.

Y casi al final del recorrido *Escambray* encuentra a la profe Marian y las niñas del taller de manualidades, una idea en la que colabora también la artesana Mery Viciado. “Es reconfortante ver el progreso de las alumnas y su dominio de las técnicas. Este proyecto ha mejorado la conducta de algunas y sus relaciones sociales”, refiere esta mujer de alma buena que fue mucho tiempo directora de la escuela y hoy le satisface la continuidad de su obra. Después de 44 años en el magisterio, se sabe educadora.



Los alumnos participan en matutinos y en numerosas actividades culturales.

Revive el alero del Museo Provincial de Historia



La madera dura para la reparación de este alero deberá resistir el peso de los restantes elementos. /Foto: Yosdany Morejón

Xiomara Alsina Martínez

El alero que da hacia el lateral del Museo Provincial de Historia y que por más de ocho meses esperaba una nueva reparación finalmente encontró solución constructiva. Así lo pueden corroborar quienes transitan por las inmediaciones del parque Serafín Sánchez, los mismos que desde hace tiempo esperaban ver concluida esa ala de la instalación que forma parte del patrimonio de la ciudad de Sancti Spiritus.

Escambray indaga por las acciones de reparación, un asunto que, según Anselmo Hernández Echevarría, inversionista de la Dirección Provincial de Cultura en la provincia, quedará resuelto. “Ya se iniciaron los trabajos —dice— que estarán a cargo de un artesano de Fomento, vinculado al Fondo Cubano de Bie-

nes Culturales, acción que demanda de varios recursos que también están en manos del ejecutor”.

El propio Anselmo explica que en un primer momento ese alero se restauró tratando de reutilizar los mismos clanes que fijan la estructura saliente, pero dichas acciones no resultaron efectivas, porque las bandas cedieron y peligraba su integridad, por lo que fue necesario retirarlo antes de que se desplomara.

“La demora para su arreglo estuvo vinculada a la falta de madera para intervenir en esa parte del museo, madera que lleva un vitillaje ancho, muy específico —aclara el inversionista—, pero ya el artesano cuenta con el recurso que ahora se somete a un proceso de preparación y secado especial para que pueda soportar el peso y la humedad, labores que en su totalidad estarán en el orden de los 250 000 pesos”.

Por su parte, Segundo Cárdenas, ingeniero civil y especialista en el Centro Provincial de Patrimonio Cultural, apunta que dicho saliente tiene características específicas, por tratarse de una obra de finales del siglo XIX y principio del XX y, aunque no es el alero original de la casona colonial, se mantiene la misma estructura, compuesta por canes revestidos por guardapolvos, algo muy representativo de las edificaciones de esa época.

“Se trata de una instalación muy típica de la ciudad con más de un siglo de existencia, por lo que resulta imprescindible la colocación nuevamente de este alero, de unos 12 metros de longitud por 1.20 metros de ancho, el cual exige de madera dura para que pueda resistir el peso de los restantes elementos, incluidas tejas, además de enfrentarse a las inclemencias del tiempo”.